

ANALIZANDO LA ESTRATEGIA ENERGÉTICA DEL GOBIERNO EL OBSERVATORIO

<http://elobservatorio.web.googlepages.com/>

El pasado viernes 30 de Enero, El Observatorio asistió a una cena-debate organizada por el colectivo Puerta de Toledo, integrado principalmente por gente del entorno progresista del PSOE y presidida por Enrique Jiménez Larrea, Director General del IDAE (Instituto de Diversificación y Ahorro Energético). Durante una extensa exposición primero, y a lo largo del coloquio después, Jiménez Larrea hizo un repaso a la situación energética global y nacional, tanto desde la perspectiva ambiental como geopolítica, y terminó perfilando la postura del IDAE y su papel dentro de la política estratégica del Gobierno, sobre la que aportó además algunas claves.

Resultó por lo tanto una excelente oportunidad de conocer de primera mano la perspectiva sobre el modelo energético de algunos de los dirigentes y “*decision makers*” de este país – en especial debido al limitado número de asistentes, que permitió un clima bastante cercano y libre de formalismos –, así como de plantear dudas acerca de los trabajos que estamos llevando a cabo en el Observatorio en la actualidad directamente al responsable directo de ellas. Por todo ello, hemos creído interesante hacer una pequeña síntesis de la sesión.

Por situar el contexto, el IDAE es el organismo nacional – dependiente del Ministerio de Industria – encargado de poner en práctica las medidas de política energética del gobierno relacionadas con el consumo, la eficiencia, las renovables, etc. así como de fomentar la implantación de las tecnologías correspondientes (en concreto, principalmente el Plan de Acción 2005-2012 de la Estrategia de Ahorro y Eficiencia Energética para España y el Plan de Energías Renovables 2005-2010). Sus actividades van desde campañas de formación y sensibilización o prestar información a los consumidores a realizar acciones de difusión, asesoramiento técnico, desarrollo y financiación de proyectos de innovación tecnológica. Así mismo, el IDAE desarrolla diversas actividades de carácter internacional, en el marco de distintos programas europeos, así como proyectos de cooperación con terceros países. Probablemente, la medida más conocida tomada por este instituto sea el nuevo Código Técnico de Edificación (CTE), por el cual los edificios de nueva construcción están obligados a incorporar criterios estrictos de eficiencia energética y a instalar paneles solares con el fin de reducir el consumo energético doméstico.

El discurso de Larrea estuvo estructurado en torno a tres ejes principales:

En primer lugar, hizo un análisis de la situación global. En él comenzó hablando de un proceso de Cambio Climático incuestionable, en los términos que describe el 4º informe del IPCC – que demostró conocer con bastante solvencia, tanto en lo relativo a su contenido como a su alcance y a la contundencia de sus conclusiones –. Aunque se distanció de un discurso puramente tecnicista, expuso las graves consecuencias que se describen en él, mencionando los datos de algunos de los escenarios más pesimistas. A continuación, enlazó este problema relativamente “nuevo” con el más evidente del agotamiento de los hidrocarburos

y que hasta hace poco supuso la motivación de todos los intentos de encontrar fuentes de energía alternativas. Situó el pico del petróleo¹ hacia el 2050 – y algunas décadas después el del gas natural – y añadió algunas reflexiones acerca de lo que supondrían para las economías occidentales, completamente dependientes de los hidrocarburos. El problema del agotamiento lo relacionó a su vez con los problemas geopolíticos derivados de la concentración de estos recursos en un número cada vez más limitado de países (y que se agudizarán a medida que las reservas disminuyan). En este aspecto, subrayó la peligrosa situación de Europa – y en particular de España, como uno de los países más vulnerables en este aspecto –, como una región que carece casi por completo de recursos energéticos fósiles y que al mismo tiempo depende enormemente de ellos. Como una última faceta del problema, añadió la necesidad de compaginar en este contexto el derecho al desarrollo de los países no industrializados con el reparto de unos recursos cuyo consumo debe descender globalmente, planteando la necesidad de que los países desarrollados intensifiquen la reducción en su utilización para permitir crecer a los no desarrollados y de que éstos traten al mismo tiempo de buscar modelos de desarrollo alternativos, evitando caer en los errores históricos de los primeros.

En definitiva, plantea la situación internacional como una muy compleja necesidad de abordar problemas en última instancia comunes pero plagados de múltiples conflictos de intereses entre las partes (OCDE, OPEP, Rusia, economías emergentes, países subdesarrollados, etc.). En estas circunstancias, reivindicó el papel de liderazgo que históricamente ha venido tomando la UE en la lucha por la reducción de las emisiones, y comentó cómo los problemas de unidad política en su seno han obstaculizado la proyección internacional de este papel, limitando los avances a políticas locales. Así, abogó por superar estos problemas (que hoy, con la crisis económica y la heterogeneización introducida por los nuevos miembros del este, son más graves que nunca) para crear una UE con una política ambiental consistente y firme y con una entidad internacional lo bastante fuerte como para servir de referencia a otras regiones y seguir liderando los esfuerzos científicos y diplomáticos encaminados a la reducción coordinada de emisiones a nivel mundial.

En segundo lugar, realizó un análisis de la situación en España. En él, habló de un panorama lleno de claroscuros: por un lado, España se encuentra ahora mismo muy lejos de cumplir los compromisos adquiridos al ratificar el Protocolo de Kyoto (de continuar la tendencia de los últimos años, podrían alcanzarse en 2020 aumentos de un 40 % de las emisiones respecto a 2000, en lugar del 15 % acordado) y la demanda de energía eléctrica y la intensidad energética² han crecido de manera desproporcionada con respecto a nuestros vecinos europeos. En ese sentido, Larrea quiso hacer una distinción profunda entre las políticas llevadas a cabo por el PP hasta 2004 y por el PSOE después. Aun admitiendo que la política socialista era todavía mejorable, la defendió como un “cambio de tendencia” con respecto a las legislaturas anteriores, en las que se primó el desarrollo económico a toda costa. Así, gran parte de la ineficiencia energética actual sería debida a los “problemas estructurales derivados del modelo de desarrollo urbanístico que, al precio de crear un grave problema energético, en su momento

¹El pico del petróleo es un término que hace referencia al momento en que la producción del petróleo deje de aumentar (es decir, que alcance su “pico” máximo), que tendrá lugar mucho antes del agotamiento total de las reservas.

²La intensidad energética es una medida de la eficiencia energética industrial de un país, definida como la cantidad de energía necesaria para producir un dólar estadounidense de PIB. Así, menores niveles de intensidad energética suponen una mayor eficiencia.

ayudó a la economía”. Otros problemas estructurales serían los derivados de la privatización del sistema energético – de nuevo, una decisión del PP, destinada a primar la economía sobre el medio ambiente –, que ha creado una situación de oligopolio empresarial y ha llevado a una “grave debilidad institucional” en el sector, que impide al Gobierno tomar medidas destinadas a reducir el consumo de hidrocarburos. Esta debilidad institucional se vería agravada por la descentralización regional, que impide a menudo llevar a cabo una política energética coherente y efectiva a nivel nacional. Por último, señaló también el empeoramiento del modelo de transporte, con un drástico aumento en el tráfico automovilístico causado por motivos que van desde el ya mencionado modelo urbano (que requiere millones de desplazamientos entre las ciudades y las periferias cada día) al práctico abandono del ferrocarril (tradicionalmente muy extendido en nuestro país). Sobre este panorama tan negativo, señaló el papel de liderazgo que nuestro país tiene en materia de energías renovables y biocombustibles, no sólo ocupando el segundo puesto, tras Alemania, en potencia renovable instalada, sino habiendo creado un tejido industrial y científico propio que podría permitir consolidar ese papel.

Por último, basándose en parte en las recientes conclusiones de un comité de expertos del IDAE, esbozó a grandes rasgos el que, para él, era el camino a seguir. Así pues, en primer lugar insistió en la naturaleza estructural de muchos de los problemas energéticos actuales: el modelo urbanístico o la liberalización del sistema energético no podrán ser cambiados a corto o medio plazo. Sin embargo, calificó la política de la última década – aun haciendo la distinción entre las políticas socialistas y populares – de “muy insuficiente” y advirtió de la necesidad de medidas profundas destinadas a corregir en lo posible sus efectos, mientras se introducen cambios estructurales más profundos. En esa dirección planteó la gran importancia de la eficiencia, especialmente en los sectores del transporte y del consumo doméstico y de servicios (la industria, más sujeta a la regulación del mercado, necesitaría menos la intervención estatal para maximizarla). Para lograr los grandes aumentos de eficiencia energética necesarios, propuso una estrategia de reglamentaciones cada vez más exigentes – profundizando en la línea de las ya elaboradas por el IDAE – apoyadas por políticas fiscales adecuadas y por un control político de los precios de la energía, insistiendo en la necesidad de que estos no bajen. Por otra parte, señaló la importancia de la conducta social al respecto del problema, subrayando que cambios de modelo como este no son posibles sin la involucración directa de toda la sociedad y todos los estratos de la administración. De ese modo, el papel de la educación ciudadana en la materia será decisivo.

Con respecto al cambio de infraestructuras, planteó dos posibilidades, que definió además como mutuamente excluyentes: apostar por la energía nuclear o por las energías renovables. Esta división no es baladí, ya que todo el desarrollo social e industrial necesario para cada una de las dos opciones serían completamente diferentes a muchos niveles, tales como las políticas de I+D o fiscales, la estructuración empresarial (con un panorama dominado por un pequeño grupo de grandes empresas, similar al actual, a otro basado en PYMES locales), la organización de la red eléctrica, etc. Además, de seguir aumentando la producción eléctrica renovable (que ya en la actualidad alcanza potencias pico del 41 % del total de la Red Nacional), acabaría – Larrea habló de 2030 – entrando en competencia con la nuclear o incluso con el ciclo combinado, que pasarían a “sobrar”. Finalmente, la integración en la red de distintos tipos de sistemas de producción es compleja debido a problemas de estabilidad, y no todas las combinaciones son posibles.

Larrea se posicionó claramente en contra de la energía nuclear, no sólo por sus problemas ambientales (sus riesgos y el problema de los residuos), sino también precisamente por el alcance de la elección, que va más allá de la mera generación eléctrica, y que implica todo un modelo económico energético. Así, afirmó que España debe apostar todo lo posible por las energías renovables, en sentido amplio. Esto significa, desde el desarrollo de las tecnologías implicadas (frío y calor solares, generación eléctrica eólica y solar, biocarburantes de 2ª generación, etc.) como en una asignación de recursos y un ajuste de tarifas eléctricas que favorezcan suficientemente su posterior implantación. Marcó como objetivo la generación de entre el 50 y el 60% de la energía eléctrica mediante medios renovables de aquí a 25 años. Por último, quiso insistir en que la generalización de las renovables supone un cambio más profundo que la intensificación de la nuclear (que, además tiene a su favor cierta importancia estratégica), y en que de no llevarse a cabo las políticas adecuadas, solucionando – o al menos encaminando adecuadamente – el problema de las emisiones y del suministro energético, el debate nuclear se acabará planteando, y las tesis de los pro-nucleares se verán reforzadas con ello.

En conclusión, trazó un programa amplio y profundo de desarrollo, centrado en un cambio estructural en torno a una intensificación de la eficiencia energética en todos los sectores de la sociedad, en la sustitución de un sistema de generación eléctrica oligopólico y basado en los hidrocarburos por un sistema más descentralizado y con una gran participación de las energías renovables y, a más largo plazo, en una corrección y sustitución paulatina de los modelos de transporte y urbanismo por otros más racionales. Este proyecto lo ligó además con una política exterior asociada, en la que España podría ocupar un puesto de liderazgo en la reforma energética europea, exportando estas tecnologías al resto de UE (para lo cual sería imprescindible disponer de un tejido industrial propio capaz de hacerlo), y participando así decisivamente en el proyecto europeo de mayor escala propuesto al comienzo de la charla.

Una vez comentados todos estos aspectos generales, durante el coloquio que tuvo lugar después, desde El Observatorio tratamos de aprovechar la ocasión para profundizar en algunos asuntos concretos relacionados con temas de actualidad, en los que el grupo está trabajando:

En primer lugar, acerca de las medidas concretas destinadas a potenciar la energía fotovoltaica doméstica³, coincidió con nuestro análisis (según el cual, la implantación de estos sistemas está siendo muy ralentizada por su innecesaria complejidad burocrática) y se mostró de acuerdo con la necesidad de simplificar los trámites necesarios, añadiendo que el IDAE lleva tiempo tratando de influir al Ministerio de Industria (competente en la materia) en esa dirección. Subrayó además la importancia del asunto, por considerar esta una de las principales aplicaciones de la tecnología fotovoltaica, a la que atribuyó un papel como sustitutiva más que como fuente de producción concentrada.

En segundo lugar, preguntado acerca de la creación de sistemas telemáticos de control de la demanda eléctrica⁴, admitió la posibilidad de lograr serios avances en la eficiencia mediante

³Referida principalmente a pequeñas cantidades de generadores fotovoltaicos que, instalados en comunidades de vecinos urbanas, permitan producir energía eléctrica, vendiéndola a la Red general, y reduciendo así tanto su factura eléctrica como la demanda global de electricidad centralizada.

⁴Sistemas como ciertos electrodomésticos que consuman o no energía dependiendo de su disponibilidad, precio, etc., logrando así dirigir la demanda a periodos de interés (por ejemplo hacia la noche, cuando se producen los picos de eólica, aprovechando el excedente que producen y reduciendo el consumo de hidrocarburos

su uso. Habló de una instalación de abajo arriba, potenciándolo territorialmente y basado en un modelo de redes y microrredes de autogestión distribuida. También estuvo de acuerdo en que un desarrollo de estos sistemas basado en un aumento de la eficiencia tiene intereses encontrados con el buscado por las compañías eléctricas que realizan investigación en este campo en la actualidad, centrado en canalizar la demanda a las franjas en que la electricidad resulta más barata de producir, con el fin de reducir costes y, en última instancia, aumentar el consumo.

Sobre la reciente cumbre de Poznan y la relajación de las políticas ambientales con motivo de la crisis económica, señaló que, por diversos motivos, bastantes países de la UE están en contra de la implantación de las energías renovables (principalmente Inglaterra, Italia, países del Este), y admitió que ha habido cesiones en la apuesta por el 20-20-20⁵ a causa de la crisis (exenciones en las obligaciones de reducción de emisiones de la industria, exclusión de la navegación aérea), pero sostuvo que se ha mantenido lo más importante. De todos modos restó importancia a la cumbre, que tuvo lugar durante la transición Bush-Obama, y un año antes de la cumbre de Copenhague, que será mucho más decisiva.

Antes de finalizar, y una vez expuestas en síntesis las opiniones y propuestas del Director General del IDAE, desde El Observatorio querríamos hacer una valoración de conjunto:

Claramente, la primera conclusión es que el discurso de Larrea es, en lo técnico, muy similar al sostenido por nuestro propio grupo, y que salvo comentarios puntuales (por ejemplo, acerca de las tecnologías CCS o de matizaciones con respecto a los biocombustibles), no tendríamos mucho que objetar a sus propuestas, que son básicamente las mismas que las nuestras: eficiencia, renovables, descentralización, evitar la nuclear, etc. Incluso, aun riesgo de caer en la adulación, encontramos gratamente sorprendente encontrar a un político de cierta importancia no sólo mostrando una postura tan coherente y bien informada, sino incluso hablando abiertamente de temas políticamente incorrectos como los escenarios del IPCC o del pico del petróleo, considerándolos con seriedad, en lugar de utilizar la condescendencia ignorante y populista de los que se limitan a calificarlos de “alarmismo” de “ecologistas radicales”, cuando no a negarlos sin más (apelando a la opinión de primos y otros allegados, por ejemplo).

Sin embargo, más allá de esto, hay algo más en el discurso que debe ser rescatado: la idea del plan de conjunto en sí misma. En el análisis de Larrea hay una idea general de qué tipo de sociedad se desea, de qué tipo de economía, de investigación, de energía, de política nacional, europea e internacional. Cuando se enfrenta el problema energético desde una perspectiva estrictamente técnica (como es el caso del Informe sobre Energía de El Observatorio), se gana en objetividad, pero a cambio se pierden aspectos fundamentales del problema – que luego aparecen al tratar de pasar a la práctica – tales como la posible exclusividad de los proyectos de energía renovable o nuclear. En cambio, en este discurso se añade la idea de

durante el día)

⁵Lograr a nivel europeo un 20% de energía renovable y una disminución del 20% del consumo gracias a la eficiencia para 2020.

que el ecologismo (entendido en su acepción más moderna de búsqueda de la sostenibilidad energética, climática, económica y social) ya no es una cuestión de sensibilidad – y por tanto más o menos opcional y subjetiva –, sino una cuestión estratégica de la que van a depender fuertemente temas como el modelo de estado y sociedad, la estabilidad de la Economía o el balance de poder internacional. Por supuesto, eso implica la necesidad de desarrollar un proyecto ecologista amplio que incorpore una vocación mucho más global, profunda y al mismo tiempo coherente que los proyectos del ecologismo “conservacionista” histórico. En ese sentido, la visión de Larrea – de nuevo poco frecuente en la clase política a la que estamos acostumbrados – nos parece una aportación muy valiosa, tanto por su concreción y extensión como por su pragmatismo.

Por supuesto, hay también cosas que criticar en este discurso: por ejemplo, el proyecto internacional de liderazgo medioambientalista europeo podría funcionar y ser muy positivo, pero – y este es el comentario que le faltó – para ello se requeriría redefinir el proyecto europeo en su conjunto. Y hacerlo en un sentido muy concreto, que se apartara – al menos en gran medida – de las tesis neoliberales que ahora mismo son preponderantes en él, y que son esencialmente incompatibles con una lucha contra el Cambio Climático consistente. Sin embargo, quizá la crítica más profunda que se podría hacer al discurso de Larrea es que, a pesar de lo correcto de sus recetas para atacar los síntomas, sigue sin atacar el problema central: el modelo de desarrollo permanece esencialmente incuestionado, asumiendo que las economías deben seguir creciendo siempre, que los países subdesarrollados deben aumentar sus niveles de consumo energético hasta ponerse al nivel de las desarrolladas, etc. Quizá sintomáticamente, cuando le preguntamos acerca de medidas destinadas a reducir el consumo en términos absolutos – y no meramente a incrementar la eficiencia de su uso –, él llamó a ese tipo de medidas – que también juzgaba positivas y necesarias – “medidas de austeridad”, lo que suena más a un uso “responsable” del modelo actual que a una transformación. Del mismo modo, cuando planteó la posibilidad de que el debate nuclear se reabriera, lo hizo preguntándose si las medidas propuestas serían suficientes para atender el desarrollo (en forma de aumento siempre creciente de la demanda energética) que nuestro país, deseablemente, tendría en las próximas décadas.

Por otra parte, ya tratando acerca de la postura general del Gobierno, el IDAE está situado orgánicamente (muy injustamente en nuestra opinión) en puesto de importancia demasiado limitada para las reformas que pretende acometer ya que depende de la Secretaría General de Energía del Ministerio de Industria (a cuyo Ministro ya hemos criticado desde El Observatorio anteriormente por mantener opiniones no demasiado acordes con las de Larrea y que es abiertamente pro-nuclear). Simplemente el hecho de que Energía sea una Secretaría General y no una Secretaría de Estado (colocando por tanto al IDAE tres niveles por debajo del Ministro) nos parece indicativo de la poca importancia que se da al problema.

Para terminar, desde nuestro grupo entendemos que, evidentemente, el primer paso para resolver el problema energético es poner en los puestos de responsabilidad a personas capacitadas para ellos y con un programa de soluciones realista y ambicioso. Considerando, a juzgar por su charla de la otra noche, que este es el caso, queremos felicitar a Larrea y desearle suerte en su andadura.